

TRÍPTICO DE LA PASCUA



Introducción

La reflexión que quiero compartir con vosotros esta mañana me viene sugerida por la contemplación de una obra que poseemos en el Museo del Patriarca. Se trata de un pequeño tríptico, del pintor flamenco Dirk Bouts, cuya temática es la Pascua, o mejor el Triduo Pascual. En la escena de la derecha contemplamos el Calvario; en el centro, el descendimiento de Jesús para la sepultura; y a la izquierda la resurrección del Señor. Es decir, contemplamos las tres escenas que sintetizan los tres grandes actos del Triduo pascual, tal como lo describe el teólogo suizo Hans Urs von Balthasar: el camino hacia la cruz (Viernes santo), la ida hacia los muertos (Sábado santo) y la ida al Padre (Domingo de resurrección)¹.

Pues bien, la contemplación de esta obra me hacía pensar a mí en otro tríptico, éste no pictórico sino literario, que la liturgia nos ofrece *este año* en los evangelios de los próximos tres domingos de Cuaresma (tercero, cuarto y quinto). Se trata de tres fragmentos escogidos del evangelio de san Juan, donde encontramos no el relato de la pasión, sino tres bellas meditaciones sobre su significado, sobre el sentido de la muerte y resurrección del Señor. Posiblemente no haya mejor preparación para la Pascua que enfrentarnos a la contemplación de estas tres escenas.

¹ Cf. H.U. VON BALTHASAR, *Teología de los tres días*.

I. Escena 1ª (Domingo III): La purificación del templo (Jn 2,13-25)

Estamos ante uno de los hechos más históricamente seguros de la vida de Jesús (coincidencia de los cuatro evangelistas, acusaciones que motivan su condena a muerte ante el tribunal judío: cf. Mc 14,58; Mt 26,61 y también Mc 15,29 y Mt 27,40, o incluso Hch 6,14).

Pero ¿cuál es su significado? Sin duda, se trata de un gesto profético, en la línea de las denuncias de los grandes profetas del AT en torno al templo de Jerusalén. Así es interpretado tanto por los discípulos (que recuerdan las palabras del Sal 69,9), como por los adversarios de Jesús que le piden un signo. Jesús actúa como profeta cuya intención es devolver al templo su sentido originario de casa de Dios y de lugar de oración, frente al mercantilismo en el que se haya envuelto en su tiempo.

Pero Juan atribuye a la escena un significado más profundo, al decir que Jesús hablaba del templo de su cuerpo:

Está evocando el misterio de la encarnación: la humanidad de Jesús es el lugar donde habita la gloria de Dios, gloria del Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14).

Pero, sobre todo, está apuntando a su muerte y resurrección, porque ese templo, que es la humanidad de Jesús, será destruido y a los tres días reedificado.

¿Qué sucede, pues, en la muerte de Jesús? Es el final del viejo orden y el surgimiento de un nuevo eón. Finaliza el tiempo del culto material, de los edificios y los sacrificios, y comienza el tiempo en que el verdadero culto a Dios se da con la propia vida, en la entrega de la propia existencia. Por eso san Pablo dirá: *Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos [es decir, vuestra humanidad] como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto razonable* (Rom 12,1). Fijaos que de la Pascua de Cristo nace nuestra propia vocación como laicos, como profesionales cristianos. ¿Estamos dando ese culto de la vida en nuestro trabajo, en nuestros quehaceres? ¿Estamos construyendo un templo nuevo a Dios en nuestra vida?

II. Escena 2ª (Domingo IV): La serpiente de bronce (Jn 3,14-21)

Es un fragmento del diálogo (o más bien, del discurso) de Jesús con Nicodemo. Ya sabéis quién era este personaje. Un fariseo eminente, admirador de Jesús en la distancia, o también discípulo clandestino suyo.

El fragmento del discurso que nos trae el evangelio este domingo es una clara profecía de la pasión (*así tiene que ser elevado el Hijo del hombre*).

Pero la pasión, la muerte de Cristo es presentada desde dos perspectivas preciosas:

Es epifanía del amor de Dios por los hombres (*tanto amó Dios al mundo...*). Por tanto, la muerte de Jesús no responde sólo a causas de orden intramundano (la traición, la envidia, la cobardía...). Entra en el plan salvífico de Dios. Y si nos preguntamos por qué, podríamos responder con el NT que es signo de cuánto valora Dios al ser humano, de cuánto valemos a sus ojos: nada menos que la sangre de su Hijo (podemos recordar 1 Pe

1,18-19; Ap 5,9). Así pues, para el cristiano la fe no es adherirse a un sistema de ideas, o a unos puntos doctrinales, sino creer en un hecho incontestable: el amor de Dios por nosotros manifestado en Cristo (tanto Pablo como Juan coincidirán en esto: Rom 8 y 1 Jn 4).

Es fuente de vida para el mundo (... *para que todo el que cree en él tenga vida eterna*). En este sentido, la muerte de Jesús representa el juicio escatológico de Dios sobre el mundo, un juicio que se resuelve en la salvación: *Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo...* De modo, que es el hombre mismo quien se juzga según la postura que adopte ante Jesús y ante Jesús crucificado: *El que cree no será juzgado, el que no cree...*

Cómo nos situamos nosotros ante ese signo del amor de Dios, ante esa fuente de vida para el mundo, que es la cruz de Jesús. No nos coloquemos ante él como «enemigos de la cruz de Cristo» (Flp 3,18), de esos que, según san Pablo, sólo aspiran a cosas terrenas. Más bien situémonos con esa actitud de fe que se perfecciona en el amor: *No me mueve mi Dios, para quererte...*

III. Escena 3ª (Domingo V): el grano de trigo (Jn 12,20-33)

El gran tema de este fragmento es el tema de la hora de Jesús, un tema que aparece transversalmente a lo largo de todo el evangelio de Juan. ¿En qué consiste la hora de Jesús? Una respuesta apresurada nos llevaría a decir que, al hablar de su hora, el Señor se está refiriendo a su muerte (como cuando nosotros hablamos de nuestra propia hora). Pero, en el caso de Jesús, esto es verdad sólo en parte, porque la hora de la que habla es la de su gloria: *Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre*. Y un poco más adelante, la voz del Padre ratifica esto mismo al decir: *Lo he glorificado y volveré a glorificarlo*. No se trata, por tanto, del momento natural de la muerte. La hora de Jesús es su glorificación.

Ahora bien, es cierto que esta glorificación de Jesús no responde a las expectativas de sus contemporáneos, ni de sus mismos discípulos, quienes, después de resucitar, todavía le preguntarán: *¿Es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?* (Hch 1,6). Porque la hora de la glorificación es la hora de la cruz. Y es lo que Jesús pretende decir al asumir para sí mismo la figura y el destino del grano de trigo: *Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere da mucho fruto*. Así pues, «no es la hora de la notoriedad. Es, por el contrario, la hora del grano de trigo que debe desaparecer y morir bajo tierra. Es la hora de una dolorosa sementera, no de la cosecha triunfal. La fecundidad pasa a través de la muerte. La manifestación luminosa pasa a través de la ocultación, es más, de la sepultura»².

La muerte de Jesús es ya gloria, pero no por ello deja de ser muerte. Y de ahí el detalle precioso de esta escena, que es el miedo del Señor: *Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? Padre, librame de esta hora*. Jesús no va a la muerte como un héroe, no la afronta con admirable estoicismo. Al contrario, se asemeja a nosotros. Y

² A. PRONZATO, *Palabra de Dios. Comentario a las tres lecturas del domingo. Ciclo B*, Sígueme, Salamanca 2007, 63.

así nos sentimos comprendidos en nuestro miedo, en nuestros afanes, en nuestras dudas. Me recuerda un himno de la Liturgia de las Horas que es un poema donde se canta la humanidad de Cristo y donde el poeta le dice: «Carne soy, y de carne te quiero. / ¡Caridad que viniste a mi indigencia, / qué bien sabes hablar mi dialecto! / Así, sufriente, corporal, amigo, / ¡cómo te entiendo!».

Final

He querido simplemente compartir estas reflexiones para ayudaros a contemplar estas tres escenas del tríptico de la Pascua que nos ofrecen los evangelios de los próximos tres domingos.

No olvidemos lo que dice san Ignacio de Antioquía: «De su bienaventurada pasión somos fruto nosotros». Que contemplar estas escenas nos haga más auténticos discípulos de Jesús, más fieles a su servicio, más entregados a la edificación de su reino en nuestro mundo.